

## Prólogo

Porque le buscamos sentido a cada paso, interpretamos la vida de acuerdo a los parámetros que recogimos por el camino. Cada hombre tiene los suyos. Los físicos entienden su vida como la resultante de una serie de fuerzas, los historiadores como un proceso en el que hombres y circunstancias batallan por preeminencia. Los mecánicos piensan en chispazos eléctricos y en combustión, los médicos en un fenómeno orgánico de origen químico. Yo, que elegí ser escritor, no tengo más remedio que interpretar la vida como una aventura.

Escribir ficción se parece sobremanera a emprender una aventura. El escritor se lanza a un viaje imaginario: sabe a qué sitio ambiciona llegar y el nombre de algunos puertos que tocará en su travesía; cuenta con un arma que suele ser mágica, el sucedáneo de Excalibur o mejor: de la honda de David; atesora el consejo de algún sabio (los que desempeñan el papel de Obi Wan Kenobi son otros escritores, en este caso: digamos Conrad, Dickens, Melville) y conserva en su morral una lista de potenciales aliados, que por cierto no esperan su visita. Pero aunque el mapa que ha diseñado sea preciso, el escritor carece de certezas sobre los peligros que esperan en cada recodo. Se lidia con lo desconocido, o sea con el miedo, porque la amenaza es igual para el escritor y para el aventurero: la de no arribar al destino soñado. Uno sale a la aventura sin saber a ciencia cierta qué le ocurrirá mientras la vive —y ésa es parte esencial del encanto: la que concierne a lo imprevisible, al descubrimiento.

Es en este punto donde Vida, Ficción y Aventura se revelan hermanas, porque más allá de sus personalidades diferenciadas comparten una prosapia. Todas se inician

con un desarraigo, todas suponen un camino, todas nos fuerzan a descubrir lo que hasta entonces permanecía cubierto, y lo más importante: todas nos exponen al peligro. Quizás sea posible que exista sexo seguro —yo no lo creo, para ser sincero—, pero la expresión Vida segura (así como sus consanguíneas Ficción segura y Aventura segura) representa una contradicción en los términos.

No hay verdadera Vida, ni buena Ficción, ni Aventura memorable, sin riesgo.

Nos tocó en suerte un momento de la Historia en que resuena por todos los medios un Discurso Único: el que sostiene que el Otro no es una posibilidad sino una amenaza. Para el Discurso Único, el Otro es ese personaje con quien nos cruzamos, o al menos tememos, a diario: aquel de raza diferente, el inmigrante, el terrorista potencial, el que parece dispuesto a asaltarnos, violarnos o secuestrarnos a la primera de cambio, aquel que —eso dicen los conservadores— pretende quedarse con nuestros trabajos y con nuestras mujeres, el que cree en dioses que nos resultan impresentables y desconoce valores que consideramos universales. (Sobre todo porque son los nuestros y nos resultan cómodos.)

En consecuencia, el Discurso Único sugiere que no salgamos de casa salvo que sea imprescindible. ¿Para qué exponernos al salvajismo del mundo, sobre el que la TV nos tiene tan bien informados, cuando podemos obtener lo necesario usando internet o recurriendo al teléfono? El Discurso Único apela al miedo para encerrarnos en casa. El Discurso Único divide para reinar. El Discurso Único nos quiere aislados, porque en soledad somos fáciles de manipular y porque nuestra voz de protesta muere dentro de los muros que levantamos como protección, aunque tan a menudo funcionan como cárcel. El eslogan de la *Alien* original que dirigió Ridley Scott decía: *En el espacio nadie te oye gritar*. En el fondo del pozo en que nos metimos creyendo escondernos, tampoco.

La invención de la red internética representa un arma de doble filo en este contexto. Para algunos, para muchos, es un instrumento más de dominación: les sirve para privarse cada vez más de contactos reales. (Todas las relaciones humanas verdaderas duelen en algún momento, y no existe forma de apagarlas a voluntad como un ordenador o una televisión; por eso muchos se contentan con la simulación del contacto.) Para otros, en cambio, es un instrumento de iluminación. Una posibilidad de abrir nuevas ventanas en la casa y en el alma, puertas de acceso antes impensadas a otras existencias, a otros pensamientos, a otras vivencias.

Por supuesto, cuando acepté escribir para un blog llamado El Boomeran(g) no sabía a ciencia cierta lo que hacía. La idea era tentadora: porque significaba explorar territorio desconocido (no existe aventurero al que no le brillen los ojos ante la posibilidad de pisar *terra incognita*) y porque me invitaban a hacerlo en excelsa compañía. Las hazañas de gente como Azúa, Volpi y Roncagliolo habían llegado oportunamente a mis oídos: ¿cómo podía negarme a secundarlos en la travesía?

Me gustaba además la extraña grafía del nombre: *boomeran(g)* no está escrito en español, que prefiere *bumerán* o *bumerang*, ni tampoco en inglés, que opta por *boomerang* sin paréntesis intrusivos. Este *boomeran(g)* aludía a una tercera realidad a caballo entre dos mundos, tal como yo me siento a diario: ni del todo de aquí ni del todo de allá, tan civilizado como salvaje, latinoamericano e hispanoparlante sin dejar de practicar a diario el *koiné* de nuestro tiempo (leo ficción y prensa en inglés, y a menudo pienso y escribo en ese idioma), todo lo cual me convierte en un paria, en un *nowhere & everywhere man*, en un hombre des-ubicado a perpetuidad, condición que me hace sufrir a menudo pero que me constituye y por eso me otorga perspectiva singular, la del que nunca está instalado, la de aquel que no tiene nada que perder porque nada tiene.

También me seducía el objeto definido por su nombre, esta arma arrojadiza que fue diseñada para volver a nuestras manos. Yo escribo para llegar a otros, así como el ingeniero tiende puentes: cada vez que arribo al otro lado tengo éxito, cada vez que me quedo boqueando al filo del abismo sé que he fracasado. Elegí una profesión que parece solitaria pero es más bien gregaria, porque sólo existe como tal en el seno de una comunidad, y funciona únicamente cuando un Otro que no soy yo cree en mi ficción y la hace suya. Mi profesión no puede asumir como propio el Discurso Único, porque ese discurso implica la negación de su actividad: ¿cómo puedo desconfiar del Otro, cómo puedo negarlo o rechazarlo, cuando la medida de mi triunfo estará dada precisamente por la confianza que este Otro —el Lector— exprese en mí, siempre y cuando me la haya ganado en buena ley? Un puente que nadie cruza no es un puente. Un puente que nadie atraviesa es un amasijo de piedra, indistinguible del resto del paisaje.

Sin embargo hoy abundan los escritores que dicen desconfiar del Lector, que prefieren ignorarlo y maltratarlo y humillarlo, que consideran más virtuoso escribir sobre la escritura que sobre la vida (como si pudiese desgajarse una cosa de la otra), que se vanaglorian en la comunidad áulica con otros escritores pero nunca se rebajan a considerar al lector como un igual, como un socio necesario —o más que necesario, imprescindible—. Se trata de escritores cuya práctica se acomoda al Discurso Único, y que por ende desempeñan un rol reaccionario en el seno de sus sociedades. Sabiéndome en minoría, soy de los que creen que ser escritor implica por definición estar enfrentado al Discurso Único: porque cuestionar lo establecido es parte esencial del impulso creador (por eso resulta útil no estar del todo instalado en ninguna parte), pero ante todo porque una de las funciones del escritor es —estoy convencido— crear comunidad, construir puentes, reparar el tejido que otros

cortan en su beneficio personal, extender la mano abierta para ofrecer y recibir sostén.

*Escritor* es una palabra imperfecta en tanto se consume en un acto físico, uno puede escribir cualquier cosa, un poema épico o un recibo de tintorería, y en ese instante mismo se ha convertido por definición en escritor: alguien que hila palabras con un cierto sentido, y punto. En cambio la palabra *narrador*, que prefiero, torna inevitable la existencia de una historia —uno debe narrar *algo*, por pueril que sea— y de un oyente o lector para el que uno narra, ya sea aludiéndolo directamente o fingiendo ignorar su existencia: el oyente o lector es parte insoslayable del acto de la narración, por eso narra el escritor pero también el cantante y el periodista y el dramaturgo y el cineasta —y por supuesto el *blogger*.

Una herramienta como El Boomeran(g) es ideal para el narrador: no sólo porque transparenta la existencia del Otro, sino porque además le otorga la posibilidad de intervenir, de hacer oír voces que estaban silenciadas, de completar la comunicación iniciada por el narrador al poner en circulación su texto. El mundo en que vivimos, tan mediatizado, tiende a aislar no sólo al hombre común, sino también a los que contamos historias. El escritor ya no es la figura popular de antaño, integrada y actuante en su sociedad, sino un anacoreta que está recluido en su torre y que habla en lenguas. La profusión de pantallas (superficies que antes eran contempladas por un grupo o comunidad, y que cada vez más tienden a ser vistas en la soledad del hogar o de la oficina) se convierte en sobrea-bundancia de barreras entre el narrador y su público. La ventaja de internet, y de la dirección de ida y vuelta (¡como el *boomerang!*) que permite su sistema, es que acorta las distancias y hace posible la comunicación que nuestro modo de vida tornaba improbable. Un formato como el del blog debería sernospreciado, porque acaba de cuajo con el temor del narrador a gritar en el desierto.

En este sentido El Boomeran(g) me ofrecía una herramienta invaluable, parecida a la que encendía el alma de Homero cuando recitaba en público, un Teatro del Globo virtual, un contacto similar al que Dickens experimentaba cada vez que convocaba a sus lectores para leer —y actuar!— sus textos: la posibilidad de completar el acto creativo, del que la escritura es tan sólo un primer paso y la edición y distribución un segundo. La tarea sólo está cumplida cuando nuestra obra llega a las manos del lector —esto es, cuando atraviesa el puente y llega a las manos del Otro tan temido.

Por todas estas razones decidí zarpar con la nave original, a fines de noviembre del 2005 *Anno Domini*. Como suele ocurrir al comienzo de toda aventura, no tenía forma de saber lo que me pasaría una vez lanzado al camino.

Uno de los elementos fundantes de cualquier aventura —y a la vez, uno de los componentes más sutiles y menos comprendidos del proceso— es el de la disposición del aventurero a ser modificado por la experiencia. Todo aquel que sale a lo desconocido debe estar abierto a la noción del cambio, la aventura que no nos modifica no es aventura.

¿Cambió algo en mí desde que empecé a escribir en El Boomeran(g)? Quiero decir: estoy un año más viejo y más pobre, pero más allá de los procesos irreversibles, ¿cambió algo verdadero en mí?

Claro que sí. Para empezar, la obligación de redactar un texto diario me forzó a recurrir a circunstancias y sentimientos que hasta entonces preservaba como íntimos. Uno puede escribir uno y veinte y hasta cien artículos sobre hechos objetivos, y otro tanto a modo de comentario sobre obras de arte, pero más temprano que tarde su propia vida empezará a colarse por las hendidias. El hecho objetivo se convierte en relato subjetivo sobre la impresión que la noticia nos produjo, aquello que nos perturba en la cotidianidad se vuelve tema de debate, lo vivido se torna indivisible de lo pensado. La velocidad de la operación di-

ficulta que recurramos a los ardidés con que solemos pasar por listos, debemos salir a escena aun cuando no tuvimos tiempo de calzarnos los disfraces. Entonces quedamos expuestos, en nuestra posible gloria y en nuestra miseria cierta. El efecto inicial es de vértigo. Con el correr de los días se vuelve liberador. Somos lo que se ve, en el esplendor de nuestras contradicciones. La jerga marítima que se utiliza para hablar de las prácticas de internet vuelve a probarse adecuada: el blog no puede sino ser bitácora, el armario que atesora el libro en el que constan nuestros trajines diarios —y en el que se guarda la brújula.

Desde que El Boomeran(g) zarpó, convivo a diario con una serie de personajes que, lo sepan o no, modifican mi vida. Gente como Serpiente Suya, y Enea, y Olga Trevijano, y Mayté / Palas y tantos otros, a quienes no conozco en persona pero con quienes converso más frecuentemente que con mis amigos de carne y hueso, leyendo los *posts* que cuelgan de mis textos. En algún sentido no existen, no sé cuáles son sus nombres verdaderos, ni dónde están, ni podría reconocerlos de cruzármelos en la calle. Pero para mí tienen entidad verdadera: son la gente que descubrí al iniciar esta aventura, la prueba de que hice bien al salir a la intemperie y exponerme al riesgo del Otro. Porque si hay algo que tengo claro es que aunque ya tendía puentes como escritor, como periodista y como cineasta, nunca me sentí más parte de una tribu que desde que colaboro con El Boomeran(g).

Una amiga de carne y hueso, cantante de profesión, me contó que ciertas teorías sostienen que la música no sólo opera sobre nuestras almas, sino que también nos transforma a nivel molecular. No sé si existe forma científica de probar este principio, pero en lo que a mí respecta la noción tiene la verdad propia de la poesía. Creo de corazón que ya no soy exactamente quien era antes de El Boomeran(g). Un puñado de átomos persiste en esta configuración que es el sostén de mi existencia, pero sospecho que algo se modificó incluso en su nivel, tan impercepti-

ble a la vista, desde que nos lanzamos a las aguas en esta nave. Por eso sería injusto si no le agradeciese a Basilio Baltasar, a Ximena Godoy y a Giselle Etcheverry Walker, responsables de todo este asunto. Y a mi representante Pepe Verdes, y a Andrés Valencia y Lourdes Márquez, que tampoco son del todo inocentes.

Una de mis películas favoritas (lo cual equivale a decir: uno de los relatos a los que recorro con frecuencia a la hora de interpretar mi vida) es *The Year of Living Dangerously*, dirigida por el australiano —tan australiano como el *boomerang*, por cierto— Peter Weir. (En Argentina se tradujo como *El año que vivimos en peligro*, cuando significa de manera literal *El año de vivir peligrosamente*; la diferencia es pequeña pero no menor). El film, así como la novela original de C. J. Koch, cuenta la historia del periodista (esto es, del *narrador*) Guy Hamilton, interpretado por un jovencísimo Mel Gibson. Hamilton llega a Jakarta, Indonesia, en 1965, cuando el gobierno de Sukarno tambalea y el país está al borde de una guerra civil. Se trata de su primera comisión como corresponsal. En su ingenuidad, Hamilton cree que podrá explotar esta situación para convertirse en un periodista estrella. Pero Billy Kwan, un fotógrafo local que ya lidió con muchos corresponsales antes de Hamilton, sabe que nadie atraviesa el Infierno sin quemarse. (Nadie puede vivir de verdad sin abrasarse.)

Durante su aventura Hamilton comete infinidad de errores, llegando hasta el extremo de traicionar a aquellos que confían en él. Pero al fin se deja calar por el dolor de lo que perdió al actuar de manera irresponsable, y siguiendo los consejos de Kwan (el fotógrafo que enseña a *ver*), se sobrepone a su egoísmo criminal, privilegiando por primera vez la existencia del Otro. En el proceso pierde un ojo —es parte del riesgo que se asume, nadie aprende nada valioso sin pegarse porrazos—, pero gana en visión. Estoy seguro de que en este año inicial del Boomeran(g) debo haber cometido infinidad de errores, y decepcionado a algu-

nos, y mostrado mi lado flaco una y mil veces. Pero aun tuerto y todo, espero haber aprendido a valorar la oportunidad que El Boomeran(g) representa y el contacto con estos Otros maravillosos que se comunican a diario. Ellos me hacen sentir parte de algo mucho más importante que la simple combinatoria de mis átomos.

Por supuesto, El Boomeran(g) no fue lo único que me ocurrió en este año.

Éste fue el año en que concluí mi novela más ambiciosa, *La batalla del calentamiento*, y la arrojé al mar.

Éste fue el año en que la vida me hizo zancadillas inesperadas, hiriéndome al herir a los míos.

Éste es el año en que descubrí a Haruki Murakami y a Robertson Davies. (Yo soy de los que veneran a aquellos que me proporcionan luz.)

Éste es el año en que empecé a practicar tiro con arco, y a coquetear con los principios del zen.

Éste es el año en que la Argentina volvió a tener desaparecidos.

Escribo esto desde una Buenos Aires estragada por el calor y la humedad, parecida a la Saigón de *Apocalypse Now*. Al releer los primeros textos del blog descubro que la Buenos Aires de hoy se parece a aquella Buenos Aires de fines de noviembre del año 2005, con el agravante de cortes de energía eléctrica que ya han durado una semana entera. Los ventiladores de techo como el que contempla Willard al comienzo de *Apocalypse* ni siquiera funcionan. Los ciclos se cumplen y los círculos se cierran, pero nunca sobre sí mismos: nuestra vida se mueve en espiral, como corresponde a un universo que se expande permanentemente —como debería expandirse nuestra conciencia, si le diésemos la oportunidad.

Éste fue un año, en suma, que viví en peligro. Como todos los años de mi vida que valieron la pena.

Apuesto a que no sea el último.

MARCELO FIGUERAS